



Verdad y Anuncio de la Fe

Parroquia de *Nuestra Señora Reina del Cielo*
Hoja Semanal * Año «VII» * nº «36» * 9 * Junio * 2013

Evangelio de este Domingo

¡Muchacho, a ti te lo digo, levántate!

Lectura del evangelio según san Lucas (Lc 7, 11-17).

En aquel tiempo, iba Jesús camino de una ciudad llamada Naín, e iban con él sus discípulos y mucho gentío. Cuando se acercaba a la entrada de la ciudad, resultó que sacaban a enterrar a un muerto, hijo único de su madre, que era viuda; y un gentío considerable de la ciudad la acompañaba.

Al verla el Señor, le dio lástima y le dijo: **"No llores."**

Se acercó al ataúd, lo tocó (los que lo llevaban se pararon) y dijo: **"¡Muchacho, a ti te lo digo, levántate!"** El muerto se incorporó y empezó a hablar, y Jesús se lo entregó a su madre.

Todos, sobrecogidos, daban gloria a Dios, diciendo: **"Un gran Profeta ha surgido entre nosotros. Dios ha visitado a su pueblo."**

La noticia del hecho se divulgó por toda la comarca y por Judea entera.

Contenidos de la Hoja Semanal

- Evangelio: Del evangelio de san Lucas (Lc 7, 11-17).
- Magisterio: La evangelización del mundo contemporáneo (19).
- Fe Cristiana: La Iglesia es Carisma.
- Testimonio: Paul Claudel, «mi corazón fue tocado y creí» (1).

>> Visite nuestra Web: www.reinacielo.com

El Magisterio de la Iglesia: Exhortación Apostólica de S.S. Pablo VI

"Evangelii Nuntiandi"

La Evangelización del mundo contemporáneo (19).

PIEDAD POPULAR

48. Con ello estamos tocando un aspecto de la evangelización que no puede dejarnos insensibles. Queremos referirnos ahora a esa realidad que suele ser designada en nuestros días con el término de religiosidad popular.



Tanto en las regiones donde la Iglesia está establecida desde hace siglos, como en aquellas donde se está implantando, se descubren en el pueblo expresiones particulares de búsqueda de Dios y de la fe. Consideradas durante largo tiempo como menos puras, y a veces despreciadas, **estas expresiones constituyen hoy el objeto de un nuevo descubrimiento casi generalizado**. Durante el Sínodo, los obispos estudiaron a fondo el significado de las mismas, con un realismo pastoral y un celo admirable.

La religiosidad popular, hay que confesarlo, tiene ciertamente sus límites. Está expuesta frecuentemente a muchas deformaciones de la religión, es decir, a las supersticiones. Se queda frecuentemente a un nivel de manifestaciones culturales, sin llegar a una verdadera adhesión de fe. Puede incluso conducir a la formación de sectas y poner en peligro la verdadera comunidad eclesial.

Pero cuando está bien orientada, sobre todo mediante una pedagogía de evangelización, contiene muchos valores. Refleja una sed de Dios que solamente los pobres y sencillos pueden conocer. Hace capaz de generosidad y sacrificio hasta el heroísmo, cuando se trata de manifestar la fe. Comporta un hondo sentido de los atributos profundos de Dios: **la paternidad, la providencia, la presencia amorosa y constante**. Engendra actitudes interiores que raramente pueden observarse en el mismo grado en quienes no poseen esa religiosidad: **paciencia, sentido de la cruz en la vida cotidiana, desapego, aceptación de los demás, devoción**. Teniendo en cuenta esos aspectos, la llamamos gustosamente **"piedad popular"**, es decir, religión del pueblo, más bien que religiosidad.

La caridad pastoral debe dictar, a cuantos el Señor ha colocado como jefes de las comunidades eclesiales, las normas de conducta con respecto a esta realidad, a la vez tan rica y tan amenazada. Ante todo, hay que ser sensible a ella, saber percibir sus dimensiones interiores y sus valores innegables, estar dispuesto a ayudarla a superar sus riesgos de desviación. Bien orientada, esta religiosidad popular puede ser cada vez más, para nuestras masas populares, **un verdadero encuentro con Dios en Jesucristo**.

Fundamentos de nuestra Fe Cristiana:

La Iglesia es Carisma

Carisma, significa don de Dios, gracia, gratuidad, favor de Dios testimoniado a los hombres. Carisma, por tanto, es equivalente a gracia. En el Nuevo Testamento, la palabra carisma significa, en primer lugar, el perdón concedido por Dios a los pecados de los hombres en la Muerte de Cristo; significa, también, la adopción filial que hace de los bautizados hijos de Dios en Cristo resucitado por el Espíritu Santo.



El don, el carisma fundamental, **es el Espíritu Santo**, a través del cual se derrama en el creyente el amor de Dios (ver Rom 5, 5). La Iglesia es carisma, don de Dios visible por el que tiene lugar la salvación. Podemos definir el carisma **como un don permanente o transitorio del Espíritu Santo**, que se concede para la edificación del Cuerpo de Cristo, la Iglesia, según las necesidades concretas de la comunidad cristiana y la capacidad de cada individuo.

Los carismas pertenecen a todo el Pueblo de Dios: no son un privilegio de la Jerarquía, pues el mismo Espíritu Santo no sólo santifica y dirige al Pueblo de Dios mediante los Sacramentos y los ministerios sagrados, sino que también distribuye sus gracias, incluso especiales, entre los fieles de cualquier condición. Y los distribuye entre todos los creyentes, como Él quiere, para capacitarlos y disponerlos a asumir las acciones y los deberes que sean útiles para la renovación espiritual de la Iglesia: **«A cada uno... se le otorga la manifestación del Espíritu para común utilidad»** (I Cor 12, 7).

Tales carismas sobrenaturales han de ser recibidos con gratitud y alegría, ya que son muy adecuados y útiles a las necesidades de la Iglesia: no importa que sean extraordinarios o sencillos, que produzcan frutos inmediatos o que exijan una mayor entrega en el trabajo apostólico: lo importante es que expresan el amor de Dios.

El juicio sobre el valor y la autenticidad o inautenticidad de los carismas recae sobre aquellos que tienen autoridad en la Iglesia —el carisma jerárquico—: pero éstos tienen la gran responsabilidad de no sofocar el Espíritu, sino más bien de probarlo todo y retener lo que es bueno. Formando la misma y única Iglesia de Cristo encontramos en armonía los carismas, los Sacramentos y los ministerios jerárquicos, pues **«el Espíritu Santo guía a la Iglesia hacia la verdad total, le garantiza la unidad de la comunión y del ministerio, la organiza y la dirige por medio de diversos dones jerárquicos y carismáticos y la adorna con sus frutos.»**

(Lumen Gentium, n. 4: ver n. 12).

Testimonios en la Fe:

Paul Claudel «mi corazón fue tocado y creí» (1).

«Nací el 6 de Agosto de 1868. Mi conversión se realizó el 25 de Diciembre de 1886. Tenía, por tanto, 18 años de edad. Pero, a esta altura, ya mi personalidad estaba muy desarrollada.»



Paul Louis Charles Claudel fue un diplomático, gran poeta y dramaturgo francés. Embajador de Francia en Japón, Bélgica y Estados Unidos. Representante principal del catolicismo francés en la literatura moderna. Su obra, impregnada de simbolismo y realismo, está llena de una honda inquietud religiosa en la que supo conciliar ortodoxia y modernismo. Murió en París el 23 de febrero de 1955.

«A los 18 años, creía yo en aquello en que la mayor parte de las llamadas personas cultas de aquella época creía. El fuerte sentimiento de lo individual y lo concreto se oscurecía en mí. Acepté la hipótesis monista y mecanicista en toda su extensión. "Creía que todo estaba subordinado a leyes", y que este mundo era un íntimo encadenamiento de causas y efectos, que la ciencia no tardaría en aclarar plenamente.»

«El primer brillo de la verdad me surgió del encuentro con los libros de un gran poeta, a quien debo eterna gratitud y que tomó parte preponderante en la formación de mi pensamiento: Artur Rimbaud. La lectura de las «Illuminations» y, algunos meses después, «Une saison en Enfer» es uno de los acontecimientos capitales de mi vida. Estos libros rasgaron la primera brecha en mi cárcel materialista, y me dieron una impresión viva, casi física de lo sobrenatural.»

Pero el hecho que marcó su conversión le sorprendió en La Navidad de 1886: *«Así pasaban las cosas con aquel pobre joven que, el día 25 de Diciembre de 1886, entraba a la catedral de Notre Dame de París, para allí asistir al oficio divino de la Navidad. Comenzaba yo entonces a escribir, y tuve la impresión de que podría, con superior diletantismo, encontrar en las ceremonias católicas, un medio adecuado y materia para algunos trabajos. En esta disposición de espíritu, apretado y empujado por la multitud, asistí a la Misa cantada, con moderada alegría. Como no tenía nada más interesante que hacer, volví de nuevo por la tarde para asistir a las Vísperas. Los niños del coro de la catedral, habían justamente comenzado a cantar algo que más tarde reconocí era el Magnificat. Yo estaba de pie en medio de la multitud, junto a la segunda columna, cerca de la entrada para el coro, a la derecha, del lado de la sacristía.»*

«... Entonces fue cuando se produjo el acontecimiento que ha dominado toda mi vida. En un instante mi corazón fue tocado y creí. Creí, con tal fuerza de adhesión, con tal agitación de todo mi ser, con una convicción tan fuerte, con tal certidumbre que no dejaba lugar a ninguna clase de duda, que después, todos los libros, todos los razonamientos, todos los avatares de mi agitada vida, no han podido sacudir mi fe, ni, a decir verdad, tocarla.

(Continuará...).